



DESDE ESTA LADERA

ASTOR BRIME (Generoso García Castrillo)
gegarcas@hotmail.com

“ ... y esto tengo por mejor, porque los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura”...

San Juan de la Cruz

“Yo también, desde esta ladera del collado, miro con avidez y nostalgia a la cima”

Dámaso Alonso

Nota: Este poemario se ha atendido al orden de las “canciones” del manuscrito de Sanlúcar

I

*“Pastores los que fuerdes
allá, por las majadas, al otero,
si por ventura vierdes
aquel que yo más quiero,
decidle que adolezco, peno y muero”*
Canción 2^a

“salí tras ti”

Con San Juan de la Cruz alado vengo
en busca del amor. Libé en las rosas
el ansia de hermosura. Y son los hombres,
cargados con las cosas, donde pienso
encontrar esa fuente, la que mana
y corre, aunque una noche misteriosa
aleje sus murmullos de mis sendas.
Las heridas de mis limitaciones
las siento en carne viva de mi alma,
y son ellas
las que dan realidad a mi persona,
de que no me avergüenzo, porque el ser
me llena de pleamar, y hacia las costas,
donde inicia la altura sed de cielo,
me marchó desbordado. Un cervatillo
se ha adentrado veloz en la espesura;
por sus bíblicas huellas sé, seguro,
que hacia el eco de Dios van mis clamores,
aunque esté tan lejano como el cielo
que acabará nevándome de estrellas,
porque aun escondido en su misterio,
su latido, en el mundo, en llama viva,
mantiene mi esperanza.

“al otero”

A través de cendales celosías
de una lluvia de años,
divisaba el otero.
Por montes y majadas
he andado preguntando a los pastores,
indagando veredas.
Me decían todo eso
del ardor de la carne.
Era Pablo de Tarso, el abrasado,
librado de su Thora esclavizante
y por otras cadenas esclavado,
y Tomás, peregrino
por todas las vialácteas
de la luz infinita y el amor
al que llamó engendrado eternamente.
Las ansias me aguijaban
con esa desazón de la impaciencia,
que desmadeja prisas por el alma,
sin encontrar el fiel de las respuestas.
El otero, inundado
por el ampo imanente,
parecía jugar a los columpios
de cercanías y huidas,
tan próximo al alcance de los ojos,
como ajeno a dejarse
marcar por las pisadas.
Por ecos de campanas vespertinas,
en arrullos de alas, suenan ángeles;
a ellos voy a enviar mis pensamientos
desde mi cárcel, que amurallan recias
“la dolencia, la pena y la muerte”
para calmar la sed sanjuancruciana
de estas ansias de Dios, que alacranean
la impotencia de mis limitaciones.

“mis amores”

“No sólo basta al alma”
el aroma del vuelo,
mientras quede en la rama
la impaciencia del nido
esperando el arrullo
del jilguero creciente.
Adorable es in niño
dormido en una cuna;
adorable ese joven,
que el amor balancea.
Al capullo y la rosa
les da pleamar la tierra
cuando entregan su brazo
al vigor de la savia.
El martillo y el yunque
van cantando el trabajo,
y por eso en la esfera
se atormenta la línea
esperando que el triunfo
dé sentido a la vida.

“bosques y espesuras”

En bosques y espesuras del amor
guarda la creación su exuberancia.
Francisco, el Poverello, en el Auvernia,
y en Lilibeia el Cisne mantuano
desvelaron al sol y a las florestas
las fuentes de la vida, que cantaban
ecos de Paraíso, cuando Dios
se entretuvo a jugar al universo.
Y más aún: Bajo un cielo
entoldado de besos,
surgió el prodigio inmenso
del hombre arrebatado,
y la mujer dichosa
para poblar el mundo
de la armonía de los surtidores
en el cóncavo gozo del abrazo.
“Tierra, agua, aire y fuego”
dieron pulso feliz a corazones
para airear latidos cadenciosos
en el canto triunfal de la existencia.

“Mil gracias”

Gracias, Señor, por esa
gota, que en el rocío
humildea su perla
en la verdad, poblada
de mil pequeñas gracias,
con que las criaturas
dan respuestas al alma.
En mí brilla una rosa
y hasta la abeja dice
lo que puedo en un beso,
al posarlo en corola
pulsando una sonrisa
en unos labios mustios.
Gracias, Señor, por esta
mirada que me diste
para estampar en ella
el claror del espejo,
y así ver tu hermosura
en mi ser humanada.
Por tan pequeñas cosas,
que tu ser engrandece,
gracias, Señor, mil gracias.

“quién podrá sanarme”

Esta piedra cruel,
que me machaca el alma;
esta hiel, amargura,
que me deja sin fe
para el regusto limpio
del claror de las cosas.
Este dolor de hombre
circundándome entero
con corona de espinas,
y me hace nazareno
por este viacrucis
de la vida, lo alzo
hasta tu cruz, Señor.
Séllamelo. Sublima
con los trazos de luz
de tu divinidad
esta humana pobreza
en que ando obscurecido.

“un no sé qué”

Me han dicho tantas cosas,
que tengo un no sé qué, que balbucea
la duda a las verdades de los hombres.
Más aún, si el misterio
me derrumba sus nubes
sobre el alma indefensa,
que contempla con pasmo a la abuelita
llevando sus abejas voladoras
por las rosas celestes del rosario.
Me ha crecido tan alta
esta hombría... Sostengo
en los brazos robustos de mis ramas
tantos soles radiantes, que no sé
si es Luzbel el que enciende - ¡Ven, Teresa,
doctorada en palomas! ¿Cómo abriste
ventanas cenitales
para librar tu no sé qué por vuelos? -
esta llama en fulgor de Paraíso,
o está Dios humanando
eternidad en mi ansiedad sonora.
Algo o todo es verdad
para este no sé qué que me mantiene.

“no viviendo”

Los he visto, he vivido
sintiendo en carne viva
la sed de sus ausencias.
América y Europa recogieron
sus gestos limosneros,
y tiraban mendrugos
de sobras a sus perros.
En sus ojos llevaban
la nostalgia de adioses
y besos abrasados,
quemados en las lágrimas.
No ha descubierto el mar
honduras a la pena
como la de los pobres emigrantes
no viviendo la vida
donde tienen el alma.
En Egipto hubo un nido,
paradigma de ausencias.

“aqueste corazón”

“Las heridas de amor”
me han dejado la vida
sembrada de rosales.
Jamás reprocharé
al corazón cansado
haber amado tanto.
Vendrá, vendrá la muerte
trayéndome una lápida,
que no rechazaré.
Pero este corazón
quedará florecido
latiendo en este verso.

“mis ojos”

Quiero verte, Señor,
allí donde el misterio
balancea la vida y la hermosura.
Juro por esta rosa,
abierta en mi esperanza,
que nada sé del mundo.
Sólo me quedas Tú
en los ojos de un niño,
en el hombre que sufre,
en la madre que ama,
y en la perla irisada
sobre la hierbecilla mañanera,
en cuya perfección
descifro la verdad del universo.
Aquí, dentro de mí,
me resuena tu eco enamorado.

II

*“¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados,
formases de repente
los ojos deseados,
que tengo en mis entrañas dibujados!”*

Canción 11^a

“fuente”

En la fuente, en el cielo,
en la flor, en los ojos...
Así la claridad
abrió tantas ventanas
al misterio. El espejo,
la lluvia y el rocío,
¡las lágrimas! El agua
de mis silencios tristes;
de rabias infantiles;
de algún que otro fracaso;
de aquel día en que el tren
mató el perro. ¡La sangre
no vale para el llanto!
¡Dame, amor, dame el agua!
El agua de mis versos
para lavar por dentro
unas palabras torpes,
antes de que las vean
las rosas del jardín.
Aquella, que lloré
conmigo mismo a solas
cuando murió mi madre;
la enjoyaré en el pomo
donde guardo la otra
con que buscaba el pecho
cuando niño. Entraré
por esas galerías
a mirar el pasado.
Necesito el alivio
de las horas lavadas,
que me dan evangelio
para gozarme niño.

“tu vuelo”

“Al aire de tu vuelo”,
perfumado de amor,
vengo a aprender el fiel abecedario
del fuego y de la herida,
con el que el Serafín de Fontiveros
enhebró las palabras
para el pasmo sublime de los ángeles.
El ciervo y la paloma
substantivan mi pobre pensamiento.
Todo se me resuelve en la palabra,
adaptada al compás de los latidos,
que, a mi padre y mi madre,
impulsaron las fuentes de la dicha.
Se amaron y me dieron
la gloria de la vida.
Ardieron y sufrieron, pero amaron,
y no fueron distintos
que el ciervo vulnerado, o la paloma,
sublimados a místicos deliquios.
El amor a una rosa, a una mujer,
o al que sufre, tiene el mismo venero
que el que a Teresa arrebató hasta Dios.

“los ríos”

Cipreses, que hasta altura, por lejana,
nunca iban a poder pulsar los hombres,
le buscaron acordes a la tierra
para odas y elegías,
recostando en su lecho sus amores.
La vida vigorosa,
la muerte, que en los mares
sigue latiendo vida eternamente,
sin palabras, con ritmos, elocuentes...
¡Qué cerca la infinita lejanía!
¡Qué sonoro el silencio!
Los valles, las montañas, las florestas
entregan sus efluvios sonorosos
al eco liminal de los espejos,
y los ojos penetran
en ellos hasta dentro,
indagando misterios en el alma,
mientras Jorge Manrique
descifra los secretos de los ríos.

*“la música callada,
la soledad sonora”*

Desplegaban los Andes su inmensa partitura
en un atril de nieves eternas y de soles.
Extático, yo amaba sus ritmos y sus moles,
suspendiendo silencios colgados de la altura.

Todas las catedrales prendían su locura
por vidrieras, ojivas, barrocos caracoles
en las cerúleas llamas de los largos resoles,
con que Dios espejaba su mística figura.

Para adorar, no quiero sillares de artificio
con los que el día al paso su sensiblez decora.
Un rock de ceremonias labró con su bullicio

el vacío que al alma hace llorar ahora.
Rezar amando a Dios: Me enseñan este oficio
la música callada y la soledad sonora.

“lecho florido”

Llamaste, Juan de Yepes,
a tu sublime unión, lecho florido.
Desnudo de ti mismo,
en el delirio astral de la subida
a la alma región luciente luisleontina,
viviendo sin vivir,
todos los sobresaltos de la nada
fueron soltando lastres.
Cuando amamos, - ¡Oh siembra
de Dios en los latidos! -
por no morir, morimos en otra alma,
que es nuestra sin ser nuestra,
no queriendo la vida para el goce,
y dejando el gozar en otra vida.
Y quedan los jardines
en el pasmo feliz de los festones,
orlando el sin-vivir
en ese sin-morir que acoge el lecho.
La distancia infinita
de la sanjuancruciana estancia del Carmelo,
y el cielo de los hombres,
es que, al volver el día,
salimos de la nada para volver a algo.

“tu huella”

Camino de Dios andaba
la fiel esperanza mía.
Camino de Dios... Quedaba
un hálito de agonía
en su cansada porfía.
Camino de Dios andaba.

Noche baja, en que su pena,
transida de cementerio,
se perfilaba en la almena.
Jirones de su salterio
roce de vida arrancaba.
Camino de Dios andaba.

¿Estrellas, vuestros temblores
estremecieron su frente?
¿Vino a acariciaros, flores?
A su inquietud impaciente
el silencio replicaba.
Camino de Dios andaba.

Y en el cáliz de una rosa
con olor sacramental,
lo encontró mi alma gozosa
en un alba virginal.
Sonrisas de vida daba.
Camino de Dios andaba.

“la interior bodega”

*“...suplico a su bondad lo dé a gustar
a quien pensare que miento”*

Vida, 29, 13

Cuando se arrodillaba
ni siquiera la brisa se atrevía
a rizarle la toca.
Se quedaba el silencio
prendido en los altares
para escuchar el hálito de Dios.
Ella flotaba incandescente
en el mar del Espíritu;
- de su pluma, después, se desleiría,
*“que para ir a buscarle,
no ha menester alas,
sino ponerse en soledad
y mirarle dentro de sí”*. -
Por todos los retablos
se asomaban los ángeles
creyéndose que el cielo
al ampo monacal se descolgara.
Allí el arrobamiento la guiaba
por todas las moradas del castillo
donde Dios sólo habita.
Ella se iba mirando, femenina,
en todos los espejos,
y cuando a las palomas
les hablara de vuelos,

ponía en las palabras
la gracia saltarina,
que aromar les hacía las verdades
de aquella pequeñez, que se endiosaba
al verse reflejada en la tersura

de la Divinidad.

Desde el día en que el dardo la quemara
con el dolor del gozo más intenso,
ya no era el corazón el que latía,
sino ascua, que abrasaba,
y por eso moría
por no morir, viviendo
aherrojada en la cárcel de la espera,
reprimiendo impacientes surtidores
debajo de la carne atormentada.
Y al volver al trajín de los pucheros,
como Marta, en agua de humildades
anegaba el misterio de la rosa,
pura en su perfección,
con coloquios de ángeles, diciendo
no entender de sus coros celestiales.
Cuando se arrodillaba,
la oración en su ardor se definía.

“ciencia muy sabrosa”

Hundido el mar en su abismal sentido
a través de ti toda se desboca,
cuando llega el aliento de tu boca
a la playa silente de mi oído.

¡Qué delirio de amor no amanecido!
¡Qué torrente de luz sobre la roca
del hombre en ti abrasado, cuando toca
tu cielo de mujer con su latido!

Es verdad que está Dios en la presencia
de este mudo lenguaje del quererte
en respuesta a tu dádiva. Evidencia

que en sed de eternidad, tengo de verte,
vestal divinidad, en la consciencia
de que contigo no podrá la muerte.

“todo mi caudal”

Y todo mi caudal
lo ves en el cestillo
de mimbres de mis versos:
Señor, cuatro promesas
y un sinfín de deseos.
También... ¿Qué más?...
Sólo tengo el vacío
del ser no siendo.
Y sí, amor, amor,
universos de amor
al pobre, al que no sabe
el secreto del alba
en la palabra, y al
que sufre, aunque sea
por justicia de ley
encarcelado, y
a un niño, que lloraba
porque perdió un juguete.

“fui ganada”

Por tantos viacrucis de renunciadas
he aprendido a perder,
y tengo el alma llena de verdades,
con una llave para mis adentros,
y una sonrisa de respuestas.
Juan de Yepes me enseña,
en su desollamiento, del que es príncipe,
el gozo de la arista en su pureza,
despojada del peso y del desdén,
en el gesto feliz de los perdones,
y la gloria de verse en la sola
dimensión de la altura conquistada.
Me han flagelado un libro de poemas,
un hijo de mis sueños, y al verdugo
le he tendido la mano,
le he dado una sonrisa.
He encontrado en mí mismo al que yo quiero.

“de flores”

En Medina del Campo
 se alarga el horizonte para el verso,
 por el que las palomas van ritmando
 vuelos de eternidades y presuras.
 El sol de los veranos, que en Castilla
 ilumina en trigales los espejos,
 deja el rostro de Dios al descubierto
 para Madre Teresa, que se mira
 en la albura que su alma diviniza,
 y ve otro palomar
 allí donde sus ojos avizores
 hienden la lontananza en la tersura.

En Toledo las dos sillas de enea
 sintieron que el rosal de las agujas
 y los hilos de encajes,
 aromaba oraciones y esperanzas.
 Doña Luisa hilvanaba en el alma de Teresa
 pespuntos de impacencias. Fue una rosa
 la que quedó bordada.
 Para poblar la infinitud de ámbitos,
 tanto puede una perla de rocío,
 como Dios en la luz de una corola.
 ¡Ay, Malagón, ascua encendida,
 vértice de los ojos de Teresa!
 Por eso tienes fuego
 y alma carmelitana.
 Pasarán por el cielo
 las nubes y los pájaros;

inviernos de estameñas castellanas
 y cigarras crotaleando soles.
 En la peana eterna de una piedra,
 escorzada por Dios para mis ojos,
 Teresa eternizada,
 ha fijado ya el cielo en Malagón.

“un cabello”

¿Es nuestra humanidad más que un cabello
para tu humanidad? Quedaste preso
en el pasmo sutil, que en el pesebre
transparenta tus ojos
para hacerlos espejos de la lumbre
que quema el universo.
El cielo y la tierra se besaron,
y, en tu prisión gozosa,
hasta tembló de amor
la pequeñez del trigo.

“Cuando Tú me mirabas”
“el mirar de Dios es aquí amar”
Comentario

Me mira Dios, y en su mirada siento
cómo goza en amor por lo creado.
Me mira Dios. Diría que, extasiado
parece ante este brote de su aliento.

Me mira Dios, y aún antes que este invento
de su saber, en Él venía ideado,
y al verme en hombre así cristalizado,
espejo soy, que su deidad sustento.

Y al verse en mí, con su mirar me ama,
y yo siento su amor en el mirar,
que como único pago amor reclama.

El juego entre hombre y Dios es darse al dar
mutuamente. Mirar es como llama
donde el mirar de Dios aquí es amar.

“color moreno”

Luna de nieve en el cielo
llora albor en los trigales.
Hay rumor de manantiales
para la sed de un anhelo.

Errando su desconsuelo
va el trigo ondulando males.
Alza, en sueños cenitales,
desesperanzado vuelo.

Cierra el cielo su postigo
con la angustia de la pena.
¡Ay, si haciéndosele amigo,

viera, que a luna llena,
de tanto mirar al trigo,
se le vuelto tez morena!

“ya florecida”

Hoy me pongo a rezar
sin pedir nada, donde
la sonrisa del canto
ofrece su alba al día.

Hoy me pongo a cantar,
y están mis ruiseñores
tecleando en las hojas
de la alameda verde,
en que la primavera
recrea el Paraíso.

Hoy me pongo a llorar
de gozo por la vida,
y esta breve violeta,
que me crece en el alma.

Hoy tengo la certeza
de que late Dios dentro,
llenándome el vacío
de unos sueños sin nombre.

Hoy siento eternidad
apresada en mis manos,
y me cantan los ángeles
“Gloria in excelsis Deo”.

“Detente”

Diálogo del dolor,
Cruz, que al hombre doliente
respondes con la sangre,
cuando cuelga preguntas
del ansia del misterio

Hoy me nubla la frente
mi reto de osadías,
con que el atrevimiento
cuentas le exigió a Dios.
Y aún mana de tus brazos
agua de comprensiones
para lavar el asco,
que avergüenza mi pena:
”No saben lo que hacen”.

Sólo queda el silencio
cogiéndome en sus manos
mi sincera oración

“dulces brazos”

Tengo la sensación de estar oyendo eternamente la música callada de tu presencia. Flor amanecida en mi ventana, cuando abro el alma para ver la evidencia de las luces, que iluminan mi ser de hombre. Siento que en el sol ha varado la mañana su niño despertar. Que están tus brazos entrando por la luz hasta mi cuello. Que amapolan tus besos la mirada de tu ausencia presente, en que te tengo tan dentro, que eres tú y soy yo mismo el fiel paisaje de este gozo triste de sentirte y no estar y ser tú yo.

“fuiste reparada”

Sangre en la Cruz y sangre por la boca,
que en sus hombros el Gólgota levanta.
En las nubes la sangre se agiganta,
y, en ayes de la tierra, al cielo toca.

Delante de la sangre, como loca,
brama la turba, mientras Cristo aguanta
los relojes de muerte. Nunca tanta
sed de morir se le negó a una boca.

Desmadeja en las horas de agonía
los ríos del perdón, que se deshacen
drenando la insultante gritería.

Y hasta desde las tumbas donde yacen
los profetas, el eco repetía:
“¡Perdónalos, no saben lo que hacen!”

“ardores”

Se desnuda el silencio
de la palabra y queda
bajo lluvia de luz,
para ofrecerse puro
a la contemplación,
que desde Dios florece.

Para rezar me basta
la frente del galayo,
donde el sol se recrea,
o el río, en que se espeja
la luna silenciosa.

La bóveda del cielo,
sin basas ni arbotantes,
recoge el soliloquio
que alza mi Padrenuestro.

“canto”

*“Es la catedral de León, la “pulchra”,
el monumento eterno más egregio le-
vantado a la música, porque toda e-
lla es música”*

Ángel Barja

¿Brotó piedra la música, o música la piedra?
¿Era el cielo el que ardía, o cantaban vitrales?
¿O hubo gloria de ángeles, descendiendo en cendales
para engarzar guirnaldas en esta hirviente yedra?

Quizás sea una fiebre, que ni ante Dios se arredra
para decirle ardiendo, que ha descifrado cuáles
sean las armonías de arcanos eternos
con los que el cielo empíreo infinitamente medra.

Ampo de sol vitrado, “pulcra” perla divina,
que en el éxtasis cifras el poder del que pones
imanes en la piedra y el cristal: En tu mina,

no imagino más cielo para escuchar canciones,
que amansen en el hombre la ebriedad augustina.
Sigue dándome eterna tus armónicos dones.

“ninfas de Judea”

¡Sí, la primera piedra!
¿Quién tirará la piedra
sobre los arrabales de Judea,
en que las hermanitas del pecar
a la vida le dan
lo que a la vida deben?
Los ojos del Quijote
iluminan de luz a las princesas;
Juana Inés de la Cruz, carmelitana,
hiera la hipocresía
en la pulpa del alma,
mientras el Nazareno
descifra podredumbre en los horóscopos,
perfumando de flores y rosales
umbrías, que se rinden
al sésamo magnético
de divinas palabras.

“mira”

“El mirar de Dios es amar”

Comentario a la canción 32^a

Dios me miró en el barro
y quedó su figura
troquelada en la idea.
Me lo dicen las ansias
de surtidores de agua
oculta, que llora
tan granadinamente,
que está la perfección
clamando por la altura
en que la nieve albea
su imagen reflejada.
Todo queda en misterio,
todo queda escondido
bajo la carne, que arde
encima del rescoldo,
que mantiene la vida.
Nada mancha el amor
que guardo para el mundo.
En el gozo de amar
estoy a Dios sintiendo
formado a mi medida,
y yo formado en Dios.
Ya tengo el epitafio
para la ley del cofre
eterno: “Aquí yace
un hombre que amó mucho”,
porque en él amó Dios.

“la tortolica”

La alondra mañanera
entonó en tu palabra
la alborada del mundo,
cuando el eco de Dios,
aleteado en el ángel,
se hizo copo de nieve
sobre tu éxtasis bíblico.
¡Ave!

En el seno materno,
con perfección de esfera
gozóse el universo
al alcanzar su anhelo
desde el Génesis niño,
por verlo así cumplido.
Dios amaneció en Dios
¡Fiat!

“soledad”

“En cuanto tomó Judas el bocado,
salió. Era de noche”

Jn 13, 30

De noche.

Y estaba el corazón sin una estrella
en el cielo del alma. Ojos siniestros,
desde el acantilado, avizoraban
la tempestad, en la que hervían las olas,
corriendo desgredadas a clavar
las uñas en las rocas, que amuraban
la defensa de la única razón
que le quedaba al hombre amurallado.
Ni un amigo en horas de verdad.
Judas marcaba pasos de deicidio
al retorcer esquinas. Las mentiras
dejaban carcajadas esbozadas
bajo el nivel de las hipocresías.
Y yo me preguntaba,
si era yo el Nazareno, o si el Huerto
de los Olivos trajo sus paredes
de piedra fría, para retener
la soledad de un hombre, a quien el mundo
la dicha del amor dejó en anhelo.

III

*“Gocémonos, amado,
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado,
do mana el agua pura,
entremos más adentro en la espesura”*

Canción 35

“agua pura”

Cantar del agua,
la del Bautismo.
Dios es acorde,
mi amor, sonido.

Cantar del agua,
la del molino.
Besa a la harina
sueño divino.

Cantar del agua,
temblor del vino.
Costado abierto,
vida de Cristo.

Cantar del agua,
pasma vivido.
Dios en mis ojos,
espejos míos.

“allí nos entraremos”

Te siento en mí, lo mismo que la rosa
siente en el sol que late su hermosura;
me sabe a Dios tu pan sin levadura,
comiéndote, mi ser en Ti se endiosa.

Me siento en Ti, igual que mariposa
sobre la flor libando su dulzura.
Siento rayar tu amor en la locura
de hacerte yo en entrega dadivosa.

Te siento en mí, tan vivo, tan cercano,
cual frufnú acompañante de la brisa,
que más que Dios, te siento como hermano.

Me siento en Ti, ajeno ya a la prisa
de indagar el misterio de tu arcano,
anegado en la estela de la Misa.

“aquello que mi alma pretendía”

Con conformarme a Ti no me conformo,
porque es poco contigo conformarme;
tendría, mi Dios, después que confesarme
de adormecer mi yo en el cloroformo.

Si en pago de tu amor no me transformo
hasta sentirme en Ti, y uniformarme
poniendo en Ti mi yo para quedarme
contigo en mí, no me uniformo.

Al verme pobre hasta mí bajaste
y de mi humanidad te revestiste,
y tan humano como yo quedaste.

Ya no puedo, Jesús, sentirme triste,
pues a precio de sangre me compraste,
y al Tú yo y yo Tú, me redimiste.

“la dulce filomena”

En la punta del ástil de la duda,
que el junquillo cimbreo,
espero.

En la cima del verso, que aquí pliega
su vuelo emocionado,
creo.

En la cumbre, en que el hombre se ilumina
con resol de la tarde,
veo.

En el aire aromado del Carmelo,
al que Juan de la Cruz sublimó,
amo.

Trinos de un ruiseñor
eternamente cantan:
amo,
veo
creo,
espero...

“el cerco sosegaba”

En este dulce remanso
de la oración, siento el leve
paso de Dios. Y se atreve
a ser verdad el descanso,
en el que conquisto el manso
levitar de la armonía,
que forma la letanía
de mi múltiple plegaria,
tan pobre, tan ordinaria.
Pero, qué he de hacer, si es mía.

ÍNDICE

I.-	4
Con San Juan de la Cruz	5
A través de cendales celosías	6
“No sólo basta al alma”	7
En bosques y espesuras del amor	8
Gracias, Señor	9
Esta piedra cruel.....	10
Me han dicho tantas cosas.....	11
Los he visto.....	12
“Las heridas de amor”	13
Quiero verte, Señor.....	14
 II	
En la fuente	15
“Al aire de tu vuelo.....	16
Cipreses, que hacia altura.....	17
Desplegaban los Andes.....	18
Llamaste, Juan de Yepes.....	19
Camino de Dios andaba.....	20
Cuando se arrodillaba.....	21
Hundido el mar.....	23
Y todo mi caudal.....	24
Por tantos viacrucis de renunciadas.....	25
En Medina del Campo.....	26
¿Es nuestra humanidad.....	27
Cuando Tú me mirabas.....	28
Luna de nieve en el cielo.....	29
Hoy me pongo a rezar.....	30
Diálogo del dolor.....	31
Tengo la sensación de estar oyendo.....	32
Sangre en la Cruz y sangre por la boca	33
Se desnuda el silencio.....	34
¿Brotó piedra la música.....	35
¡Sí, la piedra!.....	36
Dios me miró en el barro.....	37
La alondra mañanera.....	38

De noche.....	39
.... III.-	40
Cantar del agua.....	41
Te siento en mí.....	42
Con conformarme en Ti.....	43
En la punta del ástil de la vida.....	44
En este dulce remanso.....	45